

## CAPÍTULO VIII

---

**Cómo la Revolución surgió por sí misma de lo que precede.**

Al terminar la obra emprendida, quiero reunir algunos de los rasgos que he descrito en diversos capítulos, y ver surgir la Revolución como por sí misma de este régimen antiguo cuyo retrato acabo de hacer.

Si se considera que entre nosotros el sistema feudal, sin haber cambiado en lo que era nocivo ó irritante, había perdido todo lo que podía ser útil, no parecerá tan sorprendente que haya estallado en Francia la Revolución que había de abolir violentamente aquella antigua constitución de Europa.

Si se para la atención en que después de haber perdido sus antiguos derechos políticos y cesado en la administración y gobierno del pueblo en mayor proporción que en ninguna otra nación de la Europa feudal, la Nobleza había conservado, sin embargo, y aun aumentado sus inmunidades pecuniarias y los privilegios de que gozaban individualmente sus miembros; que, no obstante haber pasado á ser una clase subordinada, continuaba siendo una clase privilegiada y cerrada, que de aristocracia se había convertido en casta, según he demostrado en otra parte, no es de admirar que sus privilegios hayan parecido tan inexplicables y detestables á los franceses, y se hayan encendido en



su pecho pasiones violentas hasta el extremo de que aún perduran sus efectos.

Si se piensa, por último, en que esta Nobleza, separada de las clases medias que había rechazado de su seno, y del pueblo, cuyo afecto se había enajenado, estaba completamente aislada en medio de la nación, formando en apariencia la cabeza de un ejército, pero en realidad un cuerpo de oficiales sin soldados, se comprenderá cómo después de llevar mil años de existencia, pudo ser aniquilada en una noche.

He explicado de qué manera el Gobierno del Rey, aboliendo las libertades provinciales y sustituyendo en las tres cuartas partes del territorio de Francia á todos los poderes locales, había avocado á sí todos los negocios, los mayores como los más insignificantes; he demostrado, por otra parte, cómo por una consecuencia necesaria París se hizo dueño de toda la nación, de la que hasta entonces sólo había sido capital, ó, mejor dicho, fué la nación toda entera. Estos dos hechos, exclusivos de Francia, bastarían por sí solos para explicar si fuera necesario cómo una conmoción pudo destruir hasta sus cimientos una Monarquía que durante tantos siglos había soportado choques tan violentos, y que en la víspera de su caída parecía aún inquebrantable á los mismos que iban á derrocarla.

Siendo como era Francia una de las naciones de Europa en que se había extinguido más pronto y de manera más completa la vida política, en que los ciudadanos habían olvidado de la manera más absoluta la práctica de los negocios públicos y perdido el hábito de leer en los hechos, la experiencia de los movimientos populares y casi la noción de lo que era el pueblo, es fácil imaginar cómo pudieron verse envueltos todos los franceses á la vez en una revolución terrible sin darse cuenta de ello, yendo á la cabeza los más amenazados, que se encargaron de abrir y franquear el camino.

Como no existían ya instituciones libres, y, por consi-

guiente, no había clases políticas ni partidos organizados y disciplinados, y como por faltar todas estas fuerzas regulares la dirección de la opinión pública, cuando la opinión pública resurgió, vino á parar á manos de los filósofos, era de esperar que se hiciese la revolución en nombre de principios abstractos y de teorías generales, y podía augurarse que en vez de combatir separadamente las leyes malas, se combatirían todas las leyes y se intentaría sustituir la antigua constitución de Francia por un sistema de Gobierno completamente nuevo, concebido por aquellos escritores.

No podía dudarse tampoco que la Revolución había de combatir á la religión al mismo tiempo que derribaba el Poder civil, puesto que la Iglesia estaba íntimamente unida con las instituciones que se quería destruir, y desde este momento era imposible predecir á qué inauditas temeridades podrían llegar los innovadores, libres á la vez de todas las trabas que la religión, las costumbres y las leyes imponen á la imaginación de los hombres.

Quien hubiere estudiado concienzudamente el estado de la nación, fácilmente habría previsto que no habría temeridad tan inaudita que no se intentase ni violencia que no se realizara.

¡Cómo!—exclama Burke en uno de sus elocuentes escritos.—«No se ve un hombre que pueda responder por el distrito más pequeño, ni siquiera uno que pueda responder por otro. Cada cual está encerrado en su casa sin resistencia, trátese de realismo, de moderantismo ó de cualquiera otra cosa». Burke no conocía bien en qué condiciones nos había entregado á nuestros nuevos amos la Monarquía que él tanto amaba. La Administración del antiguo régimen había arrebatado de antemano á los franceses la posibilidad y el deseo de ayudarse mutuamente. Cuando sobrevino la Revolución, en vano se hubieran buscado en casi toda Francia diez hombres que tuviesen el hábito de realizar alguna acción en común y de atender por sí mismos á su propia



defensa: el Poder central era el único que desempeñaba esta función, de tal suerte, que al pasar este Poder central de las manos de la Administración Real á las de una asamblea irresponsable y soberana, moderada primero, terrible después, no halló en su camino nada que pudiera detenerle, ni siquiera entorpecer por un momento su acción. La misma causa que había derribado tan fácilmente la Monarquía hizo que todo fuera posible después de su caída.

Nunca se habían predicado con tanta insistencia ni, al parecer, habían sido aceptadas más unánimemente la tolerancia en materia religiosa, la moderación en el mando, la humanidad, y hasta la benevolencia, como en el siglo XVIII: el derecho de la guerra, que es como el último asilo de la violencia, se había dulcificado también. ¡Del seno de costumbres tan apacibles iba, no obstante, á surgir la más inhumana de las revoluciones! Y, sin embargo, esta templanza en las costumbres no era falsa apariencia, porque tan pronto como se mitigó el furor de la Revolución, se vió que este espíritu de templanza dominó inmediatamente en las leyes y penetró en las costumbres políticas.

El contraste entre la benignidad de las teorías y la violencia de los actos, que ha sido uno de los caracteres más extraños de la Revolución francesa, no sorprenderá á nadie si se considera que esta Revolución fué preparada por las clases más civilizadas de la nación, y ejecutada por las más rudas é incultas. Como los hombres de aquéllas no tenían ningún vínculo preexistente que los ligase entre sí, ni hábitos de entenderse, ni influencia sobre el pueblo, éste asumió el poder director tan pronto como fueron destruidos los antiguos Poderes. Donde no gobernó por sí mismo, infundió por lo menos su espíritu en el Gobierno, y si, por otra parte, se fija la atención en la manera cómo este pueblo había vivido bajo el antiguo régimen, sin gran esfuerzo se puede imaginar lo que iba á ser.

Las particularidades mismas de su condición le habían hecho adquirir raras virtudes. Manumitido en época ya

remota y propietario hacía mucho tiempo de una parte del suelo, aislado más bien que sujeto á dependencia, se mostraba moderado y altivo á la vez: estaba acostumbrado á sufrir, era indiferente á las delicadezas de la vida, sufrido en los peligros, resignado ante los mayores males: raza sencilla y viril que irá á engrosar los poderosos ejércitos cuyo irresistible empuje hará temblar á Europa. Pero esta misma causa hacía que fuese un amo peligroso. Como había soportado casi sólo durante siglos todo el peso de los abusos, y había vivido aislado, alimentándose en silencio con sus prejuicios, celos y odios, los rigores de su destino habían endurecido su corazón, haciéndole capaz á la vez de sufrir toda clase de males y de inferirlos á los demás.

En este estado de ánimo acometió el pueblo la empresa de llevar á su término la obra de la Revolución. Los libros establecieron la teoría: el pueblo se encargó de la práctica, y ajustó las ideas de los escritores á sus propios furros.

Los que hayan estudiado atentamente leyendo este libro la Francia del siglo XVIII, han podido ver nacer y desarrollarse en su seno dos pasiones dominantes, que no han sido contemporáneas ni han tendido siempre hacia el mismo fin. Una, la más profunda y de más antiguo origen, es el odio violento é inextinguible á la desigualdad. Esta pasión había nacido y se había alimentado con la contemplación de esta misma desigualdad, y empujaba hacía mucho tiempo á los franceses con una fuerza continua é irresistible á querer destruir hasta sus raíces todo lo que quedaba en pie de las instituciones medioevales, y después de logrado esto, construir una sociedad en la cual los hombres y las condiciones fuesen tan iguales como lo permite la naturaleza humana. Otra, más reciente y menos arraigada, los impulsaba á querer vivir, no solamente iguales, sino libres.

En las postrimerías del antiguo régimen estas dos pasiones son tan sinceras y parecen tan intensas una como otra. Al iniciarse la Revolución se mezclan y confunden por un momento, se enardecen mutuamente con el contacto,



y por último inflaman á la vez los corazones de los franceses. Estamos en 1789, época de inexperiencia sin duda, pero de generosidad, de entusiasmo, de virilidad y de grandeza; época de inmortal recuerdo, hacia la cual se volverán con admiración y respeto las miradas de los hombres cuando los que fueron testigos presenciales de aquellos sucesos y nosotros mismos hayamos desaparecido del mundo. Los franceses estaban entonces tan convencidos de la bondad de su causa y tan orgullosos de sí mismos, que no creyeron que podían ser iguales sin la libertad. Crearon, pues, instituciones libres en todos los órdenes en medio de las instituciones democráticas. No solamente redujeron á polvo aquella legislación arcaica que dividía á los hombres en castas, corporaciones y clases y hacían sus derechos más desiguales que sus condiciones, sino que de un golpe abrieron aquellas otras leyes, obra más reciente del Poder Real, que habían quitado á la nación la libre disposición de sus destinos, colocando al lado de cada ciudadano al Gobierno para que fuera su preceptor, su tutor y, si era necesario, su opresor. Con el Gobierno absoluto desapareció la centralización.

Pero cuando desapareció ó se enervó aquella generación que había comenzado la Revolución, como sucede generalmente con las generaciones que acometen tamañas empresas; cuando, siguiendo el curso natural de los acontecimientos de esta especie, el amor á la libertad se debilitó y decayó en medio de la anarquía y de la dictadura popular, y la nación consternada comenzó á buscar á tientas un amo, el Gobierno absoluto encontró para renacer y establecerse facilidades prodigiosas, que descubrió sin trabajo el genio de aquél que iba á ser á la vez el continuador de la Revolución y su destructor.

El antiguo régimen había fundado, en efecto, una porción de instituciones de fecha reciente, que por no ser incompatibles con la igualdad podían fácilmente subsistir en la sociedad nueva, y al mismo tiempo allanaban el camino

al despotismo. Se las buscó entre las ruinas de las demás, y se las encontró. Al amparo de estas instituciones habían nacido hábitos, pasiones é ideas que tendían á mantener á los hombres divididos y sumisos, y se procuró resucitarlas y servirse de ellas. De las ruinas amontonadas por la Revolución salió restaurada y pujante la centralización, y como al mismo tiempo que ella se levantaba quedaba destruido todo lo que en otro tiempo le había servido de límite, se vió surgir de repente de las entrañas de una nación que acababa de destruir la Monarquía un poder más extenso, absorbente y absoluto que el de nuestros reyes. La empresa pareció de una temeridad extraordinaria, y el éxito inaudito, porque no se pensaba más que en lo que se veía, y se olvidaba lo que se había visto. El dominador cayó; pero lo más substancial de su obra quedó en pie: su Gobierno murió; pero su Administración continuó viviendo, y cada vez que posteriormente se ha querido abatir el Poder absoluto nos hemos limitado á poner la cabeza de la libertad en un cuerpo servil.

Desde que comenzó la Revolución hasta nuestros días varias veces hemos visto extinguirse y renacer la pasión por la libertad; así seguirá por mucho tiempo, siempre inexperta y desordenada, propensa al desaliento, asustadiza y endeble, superficial y pasajera. Durante este mismo tiempo la pasión por la igualdad sigue dominando los corazones que había sido la primera en ocupar, íntimamente unida á los sentimientos que nos son más caros. Mientras la una cambia sin cesar de aspecto, y disminuye, crece, se fortifica ó se debilita según las circunstancias, la otra es siempre la misma, adicta siempre al mismo ideal con idéntica obstinación, y á veces ciega, pronta á sacrificarlo todo á quienes le permitan realizarlo, y á ofrecer al Gobierno que quiera favorecerla y adularla los hábitos, ideas y leyes que el despotismo necesita para reinar.

La Revolución francesa no será nunca comprendida por quienes se obstinan en no considerarla más que en sí misma:



en las épocas que la preceden es donde hay que buscar la única luz que puede iluminarla. Sin una visión clara de la sociedad antigua, de sus leyes, vicios, prejuicios, miserias y grandezas, no es posible comprender lo que han hecho los franceses en los sesenta años que siguieron á su caída; pero ni esto bastaría si no se penetrase hasta lo más profundo del carácter de nuestra nación.

Cuando la considero en sí misma, me parece más extraordinaria que ninguno de los acontecimientos de su historia. No ha aparecido una sola en el mundo que presentase más vivos contrastes, ni tan extremosa en sus actos; que más se haya dejado guiar por sensaciones y menos por principios, tan pronto elevándose sobre el nivel común de la Humanidad como descendiendo debajo de él: ni se ha visto nunca un pueblo tan inalterable en sus principales instintos, que se le reconozca aun en los retratos que de él se han hecho hace dos ó tres mil años, y al mismo tiempo tan inconstante en sus pensamientos y en sus gustos, que concluye por ser para sí mismo un espectáculo inesperado, sorprendiéndose á veces tanto como los mismos extranjeros de sus propios actos; indolente y rutinario cuando se le deja abandonado á sí mismo, y dispuesto á llegar hasta el último extremo y á realizar las mayores audacias cuando se le saca mal de su grado de sus casillas; indócil por temperamento, y, sin embargo, mejor avenido con el imperio arbitrario, y aun violento, de un príncipe que con el Gobierno regular y libre de los mejores ciudadanos; enemigo declarado hoy de toda obediencia, sometiéndose mañana con una resignación que no alcanzan las naciones más pre-dispuestas á la servidumbre; dejándose conducir por un hilo mientras nadie le opone resistencia, ingobernable desde el momento en que se da en alguna parte el ejemplo de la resistencia; nunca tan libre que se pueda desesperar de juzgarle, ni tan sumiso que no pueda sacudir el yugo; apto para todo, pero sobresaliente únicamente en la guerra; adorador entusiasta de la fortuna, de la fuerza, del triunfo

del brillo y de la fama más que de la verdadera gloria; más capaz de heroísmo que de virtud, de ingenio que de buen sentido; propenso á acariciar grandes aspiraciones más que á realizar grandes empresas; el más brillante y peligroso de los pueblos de Europa, y el mejor constituido para ser sucesivamente objeto de admiración, de odio, de piedad, de terror, pero jamás de indiferencia.

El sólo podía realizar una revolución tan rápida, tan radical, tan impetuosa en su curso, y al mismo tiempo tan pródiga en mudanzas, hechos contradictorios y ejemplos contrarios. Los franceses no la hubieran realizado nunca sin los motivos que he expuesto; pero hay que reconocer que todos estos motivos juntos no bastarían para explicar una revolución semejante en otra nación que no fuese Francia.

He llegado hasta los umbrales de esta Revolución memorable: por ahora no pasaré más adelante. Quizás pueda hacerlo antes de mucho, y entonces ya no fijaré la consideración en sus causas, sino que la examinaré en sí misma, y por fin intentaré juzgar la sociedad que de ella ha nacido.